S Y L V I A

PLATH

Soy vertical.

Pero preferiría ser horizontal

Lectulandia

La poesía de Sylvia Plath está llena de imágenes e intensidad y esta es precisamente su principal cualidad. En el poema que lleva por titulo el libro, Sylvia habla acerca de su próximo suicidio y de cómo entonces, cuando sea horizontal, los árboles podrán tocarla, porque al fin estará bajo tierra.

La presente selección quiere dar a conocer al lector de habla castellana poemas no traducidos previamente o que no estaban al alcance del gran público de una de las voces clave de la poesía del siglo XX.

Lectulandia

Sylvia Plath

Soy vertical.
Pero preferiría ser horizontal

ePub r1.1
Trips 26.11.14

Título original: *Collected Poems*
Sylvia Plath, 1960-1971
Traducción: Jonio González & Jorge Ritter & Eli Tolaretxipi
Retoque de cubierta: Trips

Editor digital: Trips
Corrección de erratas: Trips
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

TRES MUJERES

Escenario: sala de una maternidad y su entorno

PRIMERA VOZ:
Soy lenta como el mundo. Soy muy paciente,
girando a través de mi tiempo, los soles y las estrellas
me observan con atención.
El interés de la luna es más personal:
pasa y vuelve a pasar, luminosa como una enfermera.
¿Le aflige lo que está por suceder? No lo creo.
Simplemente le asombra la fertilidad.

Cuando salgo soy un gran acontecimiento.
No tengo que pensar, ni siquiera ensayarlo.
Lo que suceda dentro de mí sucederá sin atención.
Sobre la colina
el faisán ordena sus plumas marrones.
No puedo evitar sonreír ante lo que sé.
Hojas y pétalos me atienden. Estoy dispuesta.

SEGUNDA VOZ:
Cuando por primera vez vi la pequeña mancha roja, no pude creerlo.
Observé a los hombres caminar a mi alrededor en la oficina. ¡Eran tan planos!
Había algo en ellos como de cartón, y ahora lo comprendo,
esa plana, plana vulgaridad de la que ideas, destrucciones,
niveladoras, guillotinas, cámaras blancas de chillidos proceden,
proceden sin fin; y los fríos ángeles, las abstracciones.
Me senté ante mi escritorio con mis medias, mis tacones altos,

y el hombre con quien trabajo se echó a reír: «¿Ha visto algo horrible?
Se ha puesto tan blanca, de repente». Y no dije nada.
He visto la muerte en los árboles desnudos, una privación.
No podía creerlo. ¿Es tan difícil
para el espíritu concebir un rostro, una boca?
Las cartas proceden de estas negras teclas, y estas negras teclas proceden
de mis dedos alfabéticos, ordenando partes.

Partes, fragmentos, engranajes, brillantes mecanismos.
Me muero al sentarme. Pierdo una dimensión.

Rugen trenes en mis oídos, ¡salidas! ¡salidas!
El plateado camino del tiempo se vacía en la distancia.
El cielo blanco se vacía de su promesa igual que una copa.
Estos son mis pies, estos ecos mecánicos.
Tap, tap, tap estacas de acero. Me descubro deficiente.

Esta es una enfermedad que me llevo a casa, es una muerte.
De nuevo, esto es una muerte. ¿Es el aire,
las partículas de destrucción que aspiro? ¿Soy un pulso
que disminuye y disminuye, enfrentándose al frío ángel?
¿Es éste mi amante, entonces? ¿Esta muerte, esta muerte?
De niña amé un nombre mordido por el liquen.
¿Es éste el único pecado, entonces, este viejo amor muerto de la muerte?

TERCERA VOZ:
Recuerdo el instante en que lo supe con certeza.
Los sauces se helaban,
el rostro en el estanque era hermoso, pero no mío:
tenía un aire de autosuficiencia, como todo lo demás,
y no podía ver más que peligros: palomas y palabras,
estrellas y chaparrones de oro —¡conceptos! ¡conceptos!
Recuerdo un ala blanca y fría

y el gran cisne, con su aspecto terrible,
viniendo hacia mí, como un castillo, desde lo alto del río.
En todo cisne hay una serpiente.
Se deslizaba; su ojo tenía un oscuro significado.
En él vi el mundo —pequeño, negro y cruel,
cada pequeña palabra enlazada con otra pequeña palabra, un acto con otro acto.
Un cálido día azul había brotado dentro de algo.

No estaba preparada. Las blancas nubes se elevaban
y me arrastraban en cuatro direcciones.
No estaba preparada.
No tuve respeto.
Pensé que podía negar la consecuencia—
pero ya era demasiado tarde. Era demasiado tarde, y el rostro
continuó modelándose con amor, como si estuviese preparada.

SEGUNDA VOZ:

Es un mundo de nieve ahora. No estoy en casa.
Qué blancas son estas sábanas. Los rostros no tienen rasgos.
Son calvos e imposibles, como los de mis niños,
esos pequeños enfermos que eluden mis brazos.
Otros niños no me tocan: son terribles.
Tienen demasiados colores, demasiada vida. No se están quietos,
quietos, como el pequeño vacío que llevo.

He tenido mis oportunidades. Lo he intentado una y otra vez.
He cosido vida dentro de mí como un órgano raro,
y caminé con cuidado, precariamente, como si hubiese algo raro.

He tratado de no pensar demasiado. He tratado de ser natural.
He tratado de ser ciega en el amor, igual que otras mujeres,
ciega en mi cama, con mi dulce ciego querido,
sin buscar, a través de la espesa oscuridad, el rostro de otro.

No miré. Pero todavía el rostro estaba allí,
el rostro del no nacido que amaba su perfección,
el rostro del muerto que sólo podía ser perfecto
en su paz sencilla, y sólo así mantenerse sagrado.
Y entonces hubo otras caras. Las caras de las naciones,
gobiernos, parlamentos, sociedades,
las caras sin rostro de hombres importantes.

Son estos los hombres que me preocupan:
¡están celosos de todo aquello que no sea plano! Son dioses celosos
que harían que el mundo entero fuese plano porque ellos lo son.
Veo al Padre conversando con el Hijo.
Tal vulgaridad no puede ser sino sagrada.
«Hagamos un paraíso», dicen.
«Aplanemos y planchemos el grosor de estas almas».

PRIMERA VOZ:
Estoy tranquila. Estoy tranquila. Es la calma que precede a algo terrible:
el amarillo minuto antes de que el viento se levante, cuando las hojas
vuelven hacia arriba las pálidas palmas de sus manos.
Hay tanta quietud aquí.
Las sábanas, los rostros, son blancos, y están detenidos, igual que relojes.

Las voces se mantienen a distancia y se comprimen. Sus visibles jeroglíficos
se aplastan como biombos de pergamino que protegen del viento.
¡Pintan tales secretos en árabe, en chino!

Soy muda y oscura. Soy una semilla a punto de estallar.
La oscuridad es mi parte muerta, y está resentida:
no quiere ser más, ni diferente.
La oscuridad me cubre de azul, ahora, como a una Madonna.
¡Oh color de la distancia y del olvido!
¿Cuándo llegará el segundo en que el Tiempo rompa
y la eternidad lo sumerja, y me hunda por completo?

Hablo conmigo, sólo conmigo, aislada,
lavada y roja de desinfectantes, sacrificial.
La espera pesa sobre mis párpados. Yace como el sueño,
como un gran mar. Lejos, lejos, siento la ola empujar
su carga de agonía hacia mí, ineludible, la marea.
Y yo, una caracola, haciendo eco en la playa blanca
me enfrento a las voces que inundan, al terrible elemento.

TERCERA VOZ:
Ahora soy una montaña en medio de mujeres como montañas.
Los médicos se mueven entre nosotras como si nuestro tamaño
perturbara la mente. Sonríen como imbéciles.
Son culpables del estado en que me encuentro, y lo saben.
Se abrazan a su vulgaridad como a una especie de salud.
¿Y qué si se encontraran sorprendidos igual que yo?
Se volverían locos.

¿Y qué si dos vidas se escurriesen entre mis muslos?
He visto la limpia sala blanca con sus instrumentos.
Es un lugar de alaridos. No es feliz.
«Aquí es donde vendrás cuando estés preparada».
Las luces de la noche son planas lunas rojas. La sangre las apaga.
No estoy preparada para que algo me suceda.
Debería haber asesinado a lo que me asesina.

PRIMERA VOZ:
No hay milagro más cruel que éste.
Soy arrastrada por caballos, los cascos de hierro.

Lo resisto. Lo resisto todo. Hago mi trabajo.
Túnel oscuro a través del cual las visitas son arrojadas.
Las visitas, las manifestaciones, los rostros sorprendidos.
Soy el centro de una atrocidad.
Qué dolores, qué tristezas, debo de estar dando a luz.

¿Puede semejante inocencia matar y matar? Ordeña mi vida.
En la calle los árboles se secan. La lluvia es corrosiva.
Lo siento en mi lengua, y los horrores posibles,
los pertinaces y acechantes horrores, desdeñadas madrinas
con sus corazones que hacen tic tac, con sus maletines de instrumentos.
Seré un muro y un tejado protectores.
Seré un cielo y una colina de bondad. ¡Oh, dejadme serlo!

Una fuerza está creciendo en mi interior, un antiguo tesón.
Me estoy partiendo como el mundo. Es esta oscuridad,
este ariete de negrura. Cruzo las manos sobre una montaña.
El aire se ha vuelto denso con el esfuerzo.
Soy usada. He aprendido a serlo.
La oscuridad comprime mis ojos.
No veo nada.

SEGUNDA VOZ:
Soy acusada. Sueño con masacres.
Soy un jardín de negras y rojas agonías. Las bebo,
odiándome, odiando y temiendo. Y ahora el mundo concibe
su fin y corre en pos de él, los brazos tendidos hacia el amor.
Un amor de muerte que todo lo enferma.
Un sol muerto tiñe el periódico. Es rojo.
Pierdo vida tras vida. La negra tierra se las bebe.

Ella es la vampira de todas nosotras. Así nos sostiene,

cebándonos, bondadosa. Su boca es roja.
La conozco. La conozco íntimamente.
Vieja cara de invierno, vieja cara estéril, vieja bomba de tiempo.
Los hombres la han usado vilmente. Se los comerá.
Se los comerá, se los comerá, se los comerá al final.
El sol se pone. Muero. Provoco una muerte.

PRIMERA VOZ:
¿Quién es él, este azul, furioso niño,
luminoso y extraño como si hubiera sido arrojado desde una estrella?
¡Parece tan enfadado!
Voló dentro de la sala, un alarido próximo a su talón.
El azul palidece. Después de todo, es humano.
Un loto rojo se abre en su cuenco de sangre;
me están cosiendo con seda, como si fuese una tela.

¿Qué hicieron mis dedos antes de que lo sujetaran?
¿Qué ha hecho con su propio amor mi corazón?
Nunca he visto nada tan claro.
Sus párpados son como lilas
y suave como una polilla, su aliento.
No lo dejaré ir.
No hay astucia o falsedad en él. Ojalá permanezca así.

SEGUNDA VOZ:
Por la ventana se ve la luna. Alta.
¡Cómo llena mi alma el invierno! Y esa luz de tiza
depositando su polvo en las ventanas, las ventanas de despachos vacíos,
aulas vacías, iglesias vacías. ¡Oh, cuánta vacuidad!
Y esta cesación. Esta terrible cesación de todo.
Estos cuerpos que ahora se amontonan a mi alrededor. Estos durmientes polares.
¿Qué azules rayos de luna congelan sus sueños?

La siento entrar en mí, fría, ajena, como un instrumento.
Y esa insensata, dura cara en su final, esa boca dibujando una O
abierta en expresión de lamento perpetuo.
Es ella la que arrastra alrededor este mar de sangre negra
mes tras mes, con sus voces de fracaso.
Estoy desamparada como el mar en el extremo de su cordón.
Me siento intranquila. Intranquila e inútil. También yo creo cadáveres.

Marcharé hacia el norte. Marcharé adentrándome en una vasta oscuridad.
Me veo como una sombra, ni hombre ni mujer,
ni una mujer, feliz de ser como un hombre, ni un hombre
lo bastante insensible y plano como para no sentir ninguna carencia. Me siento una carencia.

Levanto mis dedos. Diez estacas blancas.
Mirad, la oscuridad se escapa por las grietas.
No puedo contenerla. No puedo contener mi vida.

Seré una heroína de lo periférico.
No se me acusará por los botones apartados,
agujeros en los talones de los calcetines, blancas caras mudas
de cartas sin contestar, enterradas en el cajón de la correspondencia.
No seré acusada, no seré acusada.
El reloj no me encontrará necesitando, ni tampoco estas estrellas
remachadas en su lugar, abismo tras abismo.

TERCERA VOZ:
La veo en sueños, mi niña roja, terrible.
Llora a través del cristal que nos separa.
Llora, y está furiosa.
Sus gritos son ganchos que agarran y rasguñan como gatos.
Es con estos ganchos que trepa hasta mi atención.
Llora a la oscuridad o a las estrellas
que a tanta distancia de nosotras brillan y giran.

Su cabecita me parece tallada en madera,
una madera roja y dura, los ojos cerrados y la boca muy abierta.
Y desde la boca abierta salen gritos punzantes
rasguñando mi sueño igual que flechas.
Rasguñando mi sueño, y penetrando en mi costado.
Mi hija no tiene dientes. Su boca es ancha
y emite sonidos tan siniestros que no puede ser buena.

PRIMERA VOZ:
¿Qué es lo que arroja contra nosotras a estas almas inocentes?
Mirad, están tan exhaustas, casi sin vida.
En sus cunas de lona, nombres atados a sus muñecas,
pequeños trofeos de plata para los cuales han venido desde tan lejos.
Las hay con el cabello negro y abundante, las hay calvas.
Con la piel rosada o pálida, morena o roja;
comienzan a recordar sus diferencias.

Parece que estuviesen hechas de agua; no tienen expresión.
Sus facciones duermen, como luz en el agua inmóvil.

En sus vestiduras idénticas son los verdaderos monjes y monjas.
Las veo lloviendo sobre el mundo como estrellas:
sobre India, África, América, estas milagrosas,
estas puras, pequeñas imágenes. Huelen a leche.
Las plantas de sus pies no han tocado nada. Son caminantes del aire.

¿Puede la nada ser tan pródiga?
He aquí a mi hijo.
Su ojo abierto es igual a todos, de un azul vulgar.
Se vuelve hacia mí como una pequeña, ciega, luminosa planta.
Un grito. Es el gancho del que cuelgo.
Y soy un río de leche.
Una cálida colina.

SEGUNDA VOZ:
No soy fea. Puede incluso que sea hermosa.
El espejo me devuelve una mujer sin deformidad.
Las enfermeras me devuelven la ropa y un nombre.
Es normal, dicen, que algo así suceda.
Es normal en mi vida, y en las vidas de otras.
Soy una de cada cinco, o algo así. No estoy desesperada.
Soy hermosa como una estadística. Aquí está mi lápiz de labios.

Pinto la antigua boca.
La antigua boca que olvidé con mi nombre.
Hace uno, dos, tres días. Fue un viernes.
Ni siquiera necesito unas vacaciones; puedo ir a trabajar hoy mismo.
Puedo amar a mi marido, que lo comprenderá.
Que me amará a través de la mancha de mi deformidad
como si yo hubiese perdido un ojo, una pierna, la lengua.

Y entonces me pongo de pie, la vista un poco borrosa. Echo a andar
no sobre mis piernas, sino sobre ruedas, sirven igual de bien.
Y aprendo a hablar con los dedos, sin la lengua.
El cuerpo es ingenioso.
El de una estrella de mar puede contraer los brazos
y los tritones son pródigos en piernas. Tal vez sea
igual de pródiga en lo que me falta.

TERCERA VOZ:

Ella es una pequeña isla, adormecida y tranquila,
y yo soy un barco blanco que hace sonar su sirena: adiós, adiós.
El día es esplendoroso. Es muy triste.
Las flores de este cuarto son rojas y tropicales.
Han vivido detrás de un cristal toda la vida, han sido cuidadas con ternura.
Ahora se enfrentan a un invierno de sábanas blancas, rostros blancos.
Hay muy poco que meter en mi maleta.

La ropa de una mujer gorda a quien no conozco.
Mi peine y mi cepillo. Hay un vacío.
Soy tan vulnerable de repente,
una herida marchándose del hospital.
Una herida a la que dejan ir.
Dejo mi salud atrás. Dejo a alguien
que se adhería a mí: desato sus dedos como si fuesen vendas: me voy.

SEGUNDA VOZ:
Vuelvo a ser la de siempre. No quedan cabos sueltos.
Desangrada, blanca como la cera, no tengo ataduras.
Soy plana y virginal, como si nada hubiese ocurrido,
nada que no pueda ser borrado, rasgado, tachado, recomenzado.
Estas pequeñas ramas negras en mis piernas no piensan en florecer,
ni estos secos, secos surcos sueñan con la lluvia.
Esta mujer que me encuentra en las ventanas es pulcra.

Tan pulcra que es transparente, como un espíritu.
Qué tímidamente superpone su pulcritud
al infierno de naranjas africanas y cerdos colgados.
Cede ante la realidad.
Es yo. Es yo:
saboreando la amargura entre mis dientes.
La incalculable malignidad de lo cotidiano.

PRIMERA VOZ:
¿Durante cuánto tiempo puedo ser un muro que protege del viento?
¿Durante cuánto tiempo puedo
atenuar el sol con la sombra de mi mano,
interceptar los rayos azules de una fría luna?
Las voces de la soledad, las voces de la pena
golpean mi espalda inevitablemente.

¿Cómo podrá dulcificarlas esta pequeña canción de cuna?

¿Durante cuánto tiempo puedo ser un muro alrededor de mi verde propiedad?
¿Durante cuánto tiempo pueden mis manos
ser una venda para su herida, y mis palabras
brillantes pájaros en el cielo, consolando, consolando?
Es terrible
estar tan abierta: es como si mi corazón
se colocase un rostro y se adentrara en el mundo.

TERCERA VOZ:
Hoy la primavera hace que los institutos estén ebrios.
Mi vestido negro es un pequeño funeral:
muestra que estoy seria.
Los libros que llevo se clavan en mi costado.
Tuve una vez una vieja herida, pero ya ha cicatrizado.
Soñé con una isla, roja de gritos.
Era un sueño, y no significaba nada.

PRIMERA VOZ:
Fuera de la casa el alba florece en el gran olmo.
Los vencejos han vuelto. Chillan como petardos.
Oigo el sonido de las horas
extenderse y morir en los setos. Oigo el mugido de las vacas.
Los colores se vuelven plenos, y la húmeda barda
humea al sol.
En el huerto los narcisos abren sus rostros blancos.

Me tranquilizo. Me tranquilizo.
Estos son los claros y brillantes colores del cuarto de los niños,
los patos parlantes, los corderos felices.
Soy sencilla otra vez. Creo en milagros.
No creo en esos niños terribles
que hieren mi sueño con sus ojos blancos, sus manos sin dedos.
No son míos. No me pertenecen.

Meditaré acerca de la normalidad.
Meditaré acerca de mi pequeño hijo.
No camina. No dice una palabra.
Todavía está envuelto en una faja blanca.

Pero es rosado y perfecto. Sonríe tan a menudo.
He empapelado su habitación con grandes rosas,
he pintado pequeños corazones por todas partes.

No quiero que sea excepcional.
La excepción atrae al demonio.
La excepción asciende la colina de la aflicción
o se sienta en el desierto y hiere el corazón de su madre.
Quiero que sea común y corriente,
que me ame como yo lo amo
y que se una a lo que desee y donde quiera.

TERCERA VOZ:
Caluroso mediodía en los prados. Los ranúnculos
se sofocan y ablandan, y los amantes
pasan de largo, pasan de largo.
Negros y planos como sombras.
¡Es tan maravilloso no tener ataduras!
Soy solitaria como la hierba. ¿Qué es lo que echo de menos?
¿Lo encontraré alguna vez, lo que quiera que sea?

Los cisnes se han ido. Apacible el río
recuerda qué blancos eran.
Se afana en pos de ellos con sus luces.
Encuentra sus formas en una nube.
¿Qué es ese pájaro que llora
con tanto dolor en su voz?
Soy joven como siempre, dice. ¿Qué es lo que echo de menos?

SEGUNDA VOZ:
Estoy en casa a la luz de una lámpara. Las tardes se prolongan.
Zurzo una enagua de seda: mi esposo lee.
Cuán maravillosamente la luz abarca estas cosas.
Hay una especie de humo en el aire de la primavera,
un humo que se apodera de los parques, de las pequeñas estatuas
arrebolándolas, como si una ternura despertase,
una ternura que no cansa, reparadora.

Espero y sufro. Creo que estoy siendo curada.
Todavía queda mucho por hacer. Mis manos

pueden coser primorosamente el encaje sobre esta tela. Mi esposo
puede volver y volver las páginas de un libro.
Y así estamos juntos en casa, hasta muy tarde.
Es sólo tiempo que pesa sobre nuestras manos.
Es sólo tiempo, y no es material.

Las calles pueden transformarse súbitamente en papel, pero yo me recupero
de la larga caída, y me encuentro en la cama,
a salvo sobre el colchón, las manos juntas, como dispuestas para un salto.
Me reencuentro otra vez. No soy una sombra.
Aun cuando de mis pies surge una sombra. Soy una esposa.
La ciudad espera y sufre. La hierba
estalla entre las piedras, y está verde de vida.

DE «EL COLOSO»

LORELEI

No es una noche para ahogarse:
luna llena, río negro
bajo un suave brillo de espejo,

la azul neblina cae
lienzo a lienzo como redes
aunque los pescadores estén durmiendo,

las macizas torres del castillo
se duplican en el cristal
todo quietud. Pero estas formas flotan

subiendo hacia mí, perturban el rostro
de la calma. Desde el nadir
se alzan, sus poderosos miembros

pesados, el cabello más recargado
que el mármol esculpido. Cantan
un mundo más pleno y claro

que el posible. Hermanas, vuestra canción
lleva una carga insoportable
para el oído cansado de escuchar

aquí, en este país bien guiado
por un gobernante equilibrado.
Trastornando con armonía

más allá del orden mundano,
vuestras voces cercan. Os alojáis
en los altos arrecifes de las pesadillas,

y prometéis un puerto seguro;
durante el día disertáis desde las fronteras
de la pereza, desde el alféizar

de altas ventanas. Peor
aún que vuestro canto
enloquecedor, vuestro silencio. En el origen

de la llamada de vuestros corazones helados—
la embriaguez de las grandes profundidades.
Oh río, veo transcurrir

en tu profundo flujo de plata
a esas grandes diosas de paz.
Piedra, piedra, llévame al fondo.

DOS VISTAS DE UNA SALA DE CADÁVERES

1

El día en que ella visitó la sala de disección
tenían cuatro hombres tumbados, negros como pavos quemados,
a medio despedazar. Rezumaban un vapor
avinagrado como de cubetas mortuorias;
los chicos de las batas blancas comenzaron a trabajar.
La cabeza de su cadáver se había hundido
y ella apenas podía reconocer nada
entre el caos de cráneos y pellejos rancios.
Un raquítico trozo de cuerda lo sujetaba.

En sus frascos, criaturas con nariz de caracol miran ensimismadas y brillan.
Y él le entrega el corazón roto como una herencia resquebrajada.

2

En la panorámica de Brueghel de humo y matanza
sólo dos personas no ven los montones de carroña.
Él, a flote en el mar de azul satén
de sus faldas, canta en la dirección
de su espalda desnuda, mientras ella se inclina
sobre él, con una partitura entre los dedos,
ajenos ambos al violín en manos
de la muerte cuya cabeza ensombrece su canción.
Florecen estos amantes flamencos; no por mucho tiempo.

Mas la desolación, detenida en la pintura, perdona al pequeño paisaje
distraído, delicado, desde el borde inferior derecho.

SECUELA

Impulsados por el imán de la calamidad
merodean y miran como si la casa
quemada fuera de ellos, o como si pensaran
que en cualquier momento algún escándalo pudiera escurrirse
de un armario asfixiado por el humo;
ni muertes ni heridas prodigiosas
sacian a estos cazadores de vieja carnaza,
de rastro de sangre de tragedia austera.

Madre Medea con su túnica verde
se mueve humilde como cualquier ama de casa por
sus estancias en ruinas, haciendo el inventario
de zapatos calcinados, de tapicería empapada:
privada de la pira y la tortura,
la multitud le sorbe la última lágrima y le vuelve la espalda.

QUIERO, QUIERO

Boquiabierto, el diosecillo
inmenso, calvo, a pesar de su infantil cabeza,
pedía a gritos el pecho de su madre.
Los volcanes secos se cuarteaban y escupían,

la arena abrasaba los labios sin leche.
Pidió entonces la sangre del padre,
que puso a trabajar avispa, lobo y tiburón,
e ingenió el pico del alcatraz.

Con los ojos secos, el patriarca inveterado
levantó a sus hombres de pellejo y huesos,
púas en la corona de dorado alambre,
espinas en el tallo de la rosa sangrienta.

POEMA PARA UN CUMPLEAÑOS

1. Quién

El mes de la floración terminó. Se recogió la fruta,
podrida o comida. Soy toda boca.
Octubre es el mes del almacenaje.

Este cobertizo huele a rancio como estómago de momia:
viejas herramientas, tiradores, espigas oxidadas.
Estoy en casa, entre cabezas muertas.

Deja que me plante en un tiesto,
las arañas no lo notarán.
Mi corazón es un geranio parado.

Si el viento dejara en paz mis pulmones.
Cuerpo de perro husmea los pétalos. Florecen bocabajo.
Crujen como arbustos de hortensias.

Las cabezas mohosas me consuelan,
clavadas al techo ayer:
inquilinas que no hibernan.

Coles: púrpura carcomida, lustro de plata,
aderezo de orejas de mula, piel apolillada, pero verde corazón,
sus venas blancas como tocino.

¡Oh la belleza de la costumbre!
Las anaranjadas calabazas no tienen ojos.
Estas estancias están llenas de mujeres que se creen pájaros.
Es una escuela monótona.
Soy una raíz, una piedra, una egagrópila de búho,
sin sueños de ningún tipo.

Madre, eres la única boca
de quien yo sería lengua. Madre de la otredad

cómeme. Embobada con cubos de basura, sombra de portal.

Dije: debo recordar esto, pues soy pequeña.
Allí había flores enormes,
bocas rojas y púrpura, hermosísimas.

Las ramas de las zarzas me hacían llorar.
Ahora me iluminan como una bombilla.
No recuerdo nada desde hace semanas.

3. Ménade

Una vez, fui corriente:
sentada bajo el algarrobo de mi padre
comía los dedos de la sabiduría.
Los pájaros daban leche.
Cuando tronaba me escondía bajo una losa.

La madre de las bocas no me amaba.
El viejo se encogía hasta volverse muñeca.
Oh, soy demasiado grande para volver atrás:
la leche de pájaro es plumas,
las hojas del algarrobo son inertes como manos.

Este mes no da para mucho.
Los muertos maduran entre las hojas de vid.
Hay una lengua roja entre nosotras.
Madre, no te acerques a mi corral,
me estoy convirtiendo en otra.

Cabeza de perro, devoradora:
dame de comer las bayas de la oscuridad.
Los párpados no se cerrarán. El tiempo
desata del gran ombligo solar
su brillo infinito.
Debo tragarlo todo.

Señora ¿quiénes son esos en la vasija lunar—

ebrios de sueño, con los miembros desparejados?
Bajo esta luz, la sangre es negra.
Dime mi nombre.

6. Quema de brujas

En la plaza del mercado amontonan ramas secas.
Un matorral de sombras no es un buen abrigo. Habito
mi propia imagen de cera, el cuerpo de una muñeca.
El malestar comienza aquí: soy blanco de las brujas.
Sólo el diablo puede con el diablo.
En el mes de las hojas rojas, me subo a un lecho de fuego.

Es fácil culpar a la oscuridad: la boca de una puerta,
el vientre de la bodega. Han apagado mi bengala.
Una dama vestida de negro me tiene encerrada en una jaula de loro.
¡Qué ojos tan enormes tienen los muertos!
Intimo con un espíritu peludo.
El humo da vueltas desde el pico de este frasco vacío.

Si soy pequeña, no puedo hacer daño.
Si no me muevo, no tiraré nada. Es lo que dije,
sentada bajo la tapa de un bote, diminuta e inerte como un grano de arroz.
Están encendiendo los quemadores, aro tras aro.
Estamos llenos de almidón, mis pequeños amigos blancos. Crecemos.
Al principio duele. Las lenguas rojas dirán la verdad.

Madre de escarabajos, suelta la mano:
volaré por la boca del cirio como polilla que no se quema.
Devuélveme la forma. Estoy dispuesta a interpretar los días
que copulé con el polvo a la sombra de una piedra.
Mis tobillos se iluminan. Asciende la luz por mis muslos.
Envuelta en toda esta luz, estoy perdida, perdida.

LA MOTA EN EL OJO

Inocente como la luz del día me quedé mirando
un prado con caballos, los cuellos curvos, las crines al viento,
las colas ondeando ante el fondo
verde de los sicomoros. El sol lanzaba
destellos blancos como pináculos de capilla sobre los tejados
y mantenía los caballos, las nubes, las hojas

firmemente arraigados, aunque todos ellos fluían
hacia la izquierda como cañas en el mar
cuando la astilla voló y se me incrustó en el ojo,
me lo cosió de oscuro. Entonces empecé a ver
un caos de formas bajo una lluvia cálida:
caballos envueltos en el verde mutante,

exóticos como camellos o unicornios,
paciendo en los márgenes de una mala foto,
bestias de oasis, de tiempos mejores.
El pequeño grano me quema, me raspa el párpado:
brasa, y a su alrededor, yo misma,
caballos, planetas y espiras girando.

Ni las lágrimas ni el alivio del rocío
de los baños oculares pueden quitar la mota:
está pegada, ha estado pegada una semana.
Llevo esta comezón de ahora por la carne,
ciega ante lo que será y lo que fue.
Sueño que soy Edipo.

Lo que quiero de nuevo es lo que era
antes de que la cama, antes de que el cuchillo,
antes de que el alfiler y el bálsamo
me colocaran en este paréntesis;
caballos volando al viento,
un lugar, un tiempo fuera de la mente.

LA PARTIDA

Los higos de la higuera del patio son verdes;
verdes, también, las uvas de la verde parra
que da sombra a las baldosas de ladrillo del porche.
Ya no hay dinero.

Y cómo la naturaleza, al percibirlo, alimenta su amargura.
Sin talento, sin pena, nuestro adiós.
El sol brilla sobre el maíz verde.
Los gatos juegan entre los tallos.

Mirar hacia atrás no aliviará una penuria así—
el latón del sol, la pátina de acero de la luna,
la escoria de plomo del mundo—
pero expondrá siempre

la escuálida lengua de roca que protege la azul bahía de la ciudad
contra la embestida del mar abierto
que es brutal y no cesa.
Manchada por las gaviotas, una cabaña de piedra

desnuda su bajo dintel a la corrosiva intemperie:
a lo largo del saliente de ocre roca
las cabras se arrastran, lentas, el pelo espeso,
para lamer la sal del mar.

EL COLOSO

Jamás conseguiré recomponerte del todo, unir,
pegar tus pedazos y juntarlos como es debido.
Rebuzno de mula, gruñido de cerdo y carcajadas obscenas
salen de tus enormes labios.
Esto es peor que un corral.

Acaso te consideras un oráculo,
portavoz de los muertos, o de algún que otro dios.
Llevo treinta años trabajando
para extraer el sedimento de tu garganta.
Sigo sin entenderlo.

Escalera arriba con botes de cola y Lysol
trepo como una hormiga en duelo
por encima de los campos de maleza de tu frente
para reparar las inmensas planicies de tu cráneo y limpiar
los blancos, desnudos túmulos de tus ojos.

Un cielo azul como de la Orestíada
se arquea por encima de nosotros. Oh padre, tan solo como estás
eres hondo y denso en la historia como el foro romano.
Abro mi almuerzo sobre una colina de cipreses negros.
Tus huesos aflautados y tu pelo de acanto desbordan

su antigua anarquía hasta la línea del horizonte.
Haría falta más de un rayo
para crear una ruina así.
De noche me acurruco en la cornucopia
de tu oreja izquierda, al abrigo del viento,

y cuento las estrellas rojas, y las de color ciruela.
El sol sale bajo la columna de tu lengua.
Mis horas abrazan la sombra.
Ya no atiendo al encallar de las quillas
en las piedras desnudas del embarcadero.

DE «CRUZANDO EL AGUA»

CAMPOS DE LA COLINA DEL PARLAMENTO

Sobre esta colina pelada el año nuevo afila sus cantos.
Sin cara y pálido como la porcelana
el cielo redondo continúa enfrascado en sus propios asuntos.
Tu ausencia es imperceptible;
nadie sabe lo que me falta.

Las gaviotas han enfilado el lecho fangoso del río
hasta esta cima herbosa. Tierra adentro, discuten,
mientras se posan y se agitan como papel al viento
o manos de inválido. El sol
pálido consigue lanzar unos destellos tan metálicos

desde los estanques enlazados que mis ojos pestañean
y se desbordan; la ciudad se funde como el azúcar.
Una hilera de niñas
que se anudan y se detienen, dispares, con uniformes azules,
se abre para tragarme. Soy una piedra, un palo,

a una se le cae un pasador rosa de plástico;
ninguna de ellas parece darse cuenta.
Su alboroto, su cotilleo de gravilla se estrecha a través de un embudo.
Ahora, tras el silencio, se sucede el silencio.
El viento corta mi respiración como una mordaza.

Hacia el sur, sobre Kentish Town, una mancha cenicienta
empaña tejados y árboles.
Podría ser un campo de nieve o un banco de nubes.
Supongo que no tiene ningún sentido pensar en ti.
Tu recuerdo de muñeco ya cede.

El túmulo, incluso a mediodía, vigila su sombra negra:
me conoces menos constante,
sombra de hoja, sombra de pájaro.
Rodeo los árboles retorcidos. Soy demasiado feliz.
Estos cipreses fieles de ramas oscuras

meditan enraizados en sus pérdidas apiladas.
Tu grito se desvanece como el grito de un mosquito.
Te pierdo de vista en tu viaje ciego,
mientras la hierba del brezal brilla y los arroyuelos sinuosos
se sueltan y se consumen. Mi mente corre con ellos,

encharcando huellas, revolviendo piedras y tallos.
El día vacía sus imágenes
como una taza o una habitación. El pliegue de la luna se hace más blanco,
delgado como la piel cuando cose una cicatriz.
Ahora, sobre la pared del cuarto de los niños,

las plantas azules de la noche y la pequeña colina azul pálido
del cuadro de cumpleaños de tu hermana comienzan a relucir.
Los pompones anaranjados y el papiro egipcio
se encienden. Cada uno de los arbustos
azules y orejudos detrás del cristal

exhala un halo añil,
una especie de globo de celofán.
Los viejos posos, las viejas dificultades me toman por esposa.
Las gaviotas se preparan para la vigilia fría en la penumbra ventosa;
entro en la casa iluminada.

SOY VERTICAL

Pero preferiría ser horizontal.
No soy un árbol con las raíces en la tierra
absorbiendo minerales y amor maternal
para que cada marzo florezcan las hojas,
ni soy la belleza del jardín
de llamativos colores que atrae exclamaciones de admiración
ignorando que pronto perderá sus pétalos.
Comparado conmigo, un árbol es inmortal
y una flor, aunque no tan alta, es más llamativa,
y quiero la longevidad de uno y la valentía de la otra.

Esta noche, bajo la luz infinitesimal de las estrellas,
los árboles y las flores han derramado sus olores frescos.
Camino entre ellos, pero no se dan cuenta.
A veces pienso que cuando estoy durmiendo
me debo de parecer a ellos a la perfección—
oscurecidos ya los pensamientos.
Para mí es más natural estar tendida.
Es entonces cuando el cielo y yo conversamos con libertad,
y así seré útil cuando al fin me tienda:
entonces los árboles podrán tocarme por una vez, y las flores tendrán tiempo para mí.

ESPEJO

Soy de plata y exacto. No tengo prejuicios.
Todo lo que veo lo trago de inmediato
tal y como es, sin la turbiedad del amor o de la antipatía.
No soy cruel, sólo veraz—
el ojo de un diosecillo, con cuatro esquinas.
La mayor parte del tiempo medito sobre la pared de enfrente.
Es rosada, con manchas. La he mirado tanto
que creo que forma parte de mi corazón. Pero se mueve.
Caras y oscuridad nos separan una y otra vez.

Ahora soy un lago. Una mujer se asoma sobre mí,
buscando en mi extensión lo que ella es en realidad.
Luego se vuelve hacia esas embusteras, las velas o la luna.
Veo su espalda y la reflejo con fidelidad.
Me recompensa con lágrimas y gesticula con las manos.
Soy importante para ella. Viene y va.
Cada mañana es su cara lo que sucede a la oscuridad.
En mí ha ahogado a una muchacha, y desde mí una mujer mayor
se eleva hacia ella día tras día, como un pez terrible.

UNA VIDA

Tócala: no se contraerá como una pupila,
esta jurisdicción con forma de huevo, clara como una lágrima.
He aquí el ayer, el año pasado—
lanza en forma de palmera y azucena como flora distinta en la vasta
y quieta urdimbre de un tapiz.

Toca el cristal con la uña:
tintineará como un carrillón chino al mínimo temblor de aire
aunque aquí dentro nadie levante los ojos ni se moleste en contestar.
Los habitantes son ligeros como corchos,
todos permanentemente ocupados.

A sus pies, las olas se arquean en fila india,
nunca revientan de irritación:
se detienen en el aire,
las riendas cortas, y piafan como caballos en una plaza de armas.
Por encima, las nubes reposan con borlas y adornos
como cojines victorianos. A un coleccionista
le agradaría esta familia de rostros de San Valentín:
suenan de verdad, como la buena porcelana.

En otros lugares el paisaje es más franco.
La luz cae sin descanso, es cegadora.

Una mujer arrastra su sombra en círculo
alrededor de un simple platillo de hospital.
Parece la luna o una hoja de papel en blanco
y se diría que ha sufrido una especie de bombardeo particular.
Vive en silencio

sin ataduras, como un feto en una botella,
la casa anticuada, el mar, aplanados en un cuadro
y ella con demasiadas dimensiones para entrar en él.
La pena y la rabia, exorcizadas,
la dejan ahora en paz.

El futuro es una gaviota gris
que con voz de gato susurra, la partida, la partida.
La edad y el terror, como enfermeras, la atienden,
y un hombre ahogado, quejándose del horrible frío,
sale a rastras del mar.

CARTA DE AMOR

No es fácil expresar lo que has cambiado.
Si ahora estoy viva, entonces estaba muerta,
aunque, como a las piedras, no me preocupaba,
seguía en mi lugar de acuerdo con la costumbre.
No me moviste un ápice, no—
tampoco me dejaste con los ojos abiertos
hacia el cielo una vez más, sin esperanza, claro está,
de asir lo azul ni las estrellas.

No fue eso. Me dormí: una serpiente
camuflada entre rocas negras como roca negra
en el hiato blanco del invierno—
como los vecinos, sin encontrar placer
en el millón de mejillas
perfectamente cinceladas ardiendo a cada instante
para fundir mi mejilla de basalto. Se pusieron a llorar,
ángeles llorando por naturalezas apagadas,
pero no me convencieron. Las lágrimas se helaron.
Cada cabeza de muerto tenía un yelmo de hielo.

Y seguí durmiendo como un dedo doblado.
Lo primero que vi fue puro aire
y las gotas que se elevaban en rocío
puras como espíritus. Había muchas piedras
alrededor, densas y sin expresión.
Yo no sabía qué hacer con ello.
Brillaba, como escamas de mica, y me abría
para verterme como un líquido
entre patas de pájaros y tallos de plantas.
No me engañabas. Te reconocí al instante.

El árbol y la piedra brillaban, sin sombras.
Mi dedo se alargaba y rutilaba como cristal.
Comencé a brotar como una rama en marzo:
un brazo y una pierna, un brazo, una pierna.
De piedra a nube, así ascendía.
Ahora parezco una especie de dios

y floto en el aire con el rumbo del alma
pura como una lámina de hielo. Es un don.

CIRUGÍA PLÁSTICA

Me traes buenas noticias de la clínica,
tiras de tu pañuelo de seda y muestras vendajes de momia
blancos y apretados, sonríes: estoy bien.
Cuando tenía nueve años, un anestesista vestido de verde-lima
me dio gas con olor a plátano a través de una máscara. La bóveda nauseabunda
estalló en pesadillas y atronadoras voces de cirujanos.
Entonces madre surgió con una palangana de latón.
Oh, qué enferma estaba.

Ahora todo es distinto. Viajando
desnuda como Cleopatra con mi esterilizada bata de hospital,
mareada con tanto calmante y con mejor humor del habitual,
sobre ruedas llego a una sala donde un hombre amable
me cierra los puños. Me hace sentir que algo precioso
se filtra entre los dedos. Cuenta hasta dos
y la oscuridad me borra como tiza en la pizarra…
no sé nada.

Durante cinco días yazgo en secreto,
perforada como un barril, los años escurriéndose por mi almohada.
Incluso mi mejor amiga cree que estoy en el campo.
La piel no tiene raíces, se muda tan fácilmente como el papel.
Cuando sonrío los puntos se tensan. Crezco hacia atrás. Tengo veinte años,
triste y con falda larga, sobre el sofá de mi primer marido, con los dedos
enterrados en la lana del caniche muerto;
no tenía gato aún.

Ahora está acabada la señora de la carrillera
que arruga tras arruga vi asentarse en mi espejo—
vieja cara de calcetín flojo sobre huevo de zurcir.
La tienen en un frasco de laboratorio.
Que muera ahí, o que se pudra durante los próximos cincuenta años,
asintiendo y meciéndose y tocándose el pelo ralo.
Soy mi propia madre, me despierto envuelta en gasas,
rosada y suave como un bebé.

ESCAYOLA

¡Nunca saldré de aquí! Ahora soy dos personas:
esta nueva, absolutamente blanca, y la antigua, la amarilla,
y la blanca es, sin duda, superior.
No necesita alimentos, es una santa de verdad.
Al principio la odiaba, no tenía personalidad—
tumbada en la cama conmigo como un cadáver
me asustaba porque su forma era idéntica a la mía

aunque ella era mucho más blanca e inquebrantable y no se quejaba.
No pude dormir en una semana, tan fría estaba ella.
La culpaba de todo, pero no respondía.
¡Yo no entendía ese comportamiento tan estúpido!
Cuando le pegaba, se quedaba quieta, como una verdadera pacifista.
Entonces me di cuenta; quería que la amara:
comenzó a templarse y vi sus ventajas.

Sin mí, no existiría, y así me lo agradecía.
Le di un alma y de ella florecí como una rosa
florece en un jarrón de porcelana no muy valiosa,
y era yo quien atraía la atención de todo el mundo,
y no su blancura ni su belleza, como al principio había supuesto.
La mimé un poco y lo aceptó—
enseguida te dabas cuenta de que tenía mentalidad de esclava.

A mí no me importaba que me sirviera, y a ella le encantaba.
Por la mañana me despertaba temprano, reflejando el sol
en su sorprendente torso blanco, y yo no podía evitar notar
su pulcritud y su calma y su paciencia:
aliviaba mi debilidad como la mejor de las enfermeras,
encajando mis huesos para que sanaran.
Con el tiempo nuestra relación se hizo más intensa.

Dejó de ajustarse a mí con tanta fuerza y parecía más despegada.
Sentí que me criticaba por despecho
como si mis costumbres la ofendieran de algún modo.
Dejaba entrar la corriente, y cada vez era más distraída.

Y la piel me picaba y se me caía a escamas
sólo porque me cuidaba tan mal.
Entonces vi cuál era el problema: se creía inmortal.

Quería abandonarme, se creía superior,
yo la había mantenido en la oscuridad y estaba dolida—
¡malgastando sus días sirviendo a un semicadáver!
Y en secreto comenzó a desear que yo muriera.
Entonces podría cubrir mi boca y mis ojos, cubrirme entera,
y se pondría mi cara pintada como los sarcófagos
llevan la cara del faraón, aunque de barro y agua.

Yo no estaba en condiciones de librarme de ella.
Me había aguantado durante tanto tiempo que estaba coja—
incluso se me había olvidado caminar o sentarme,
de modo que tuve cuidado en no contrariarla
y no dije antes de tiempo cómo me vengaría.
Vivir con ella era como vivir con mi propio ataúd:
aunque seguí dependiendo de ella, lo hacía con rencor.

Solía pensar que podíamos intentarlo juntas—
después de todo, esa proximidad era una especie de matrimonio.
Ahora veo que se trata de ella o yo.
Puede que ella sea santa y yo fea y peluda,
pero pronto descubrirá que eso no importa nada.
Recobro mis fuerzas; algún día me las arreglaré sin ella,
y entonces morirá de vacío, y empezará a echarme en falta.

NACIDOS MUERTOS

Estos poemas no viven: el diagnóstico es triste.
Los dedos de manos y pies crecieron bastante,
sus pequeñas frentes se abombaron por la concentración.
Si no caminaron por ahí como personas
no fue por falta de amor materno.

¡No puedo entender lo que les ocurrió!
Tienen la forma, el número, los miembros precisos.
¡Se ven tan bien ahí en su líquido de adobo!
Sonríen, sonríen, sonríen, me sonríen a mí.
Pero los pulmones no se hinchan y el corazón no bombea.

No son cerdos, ni siquiera son peces,
aunque tienen un cierto aire de cerdo y de pez,
sería mejor que estuvieran vivos, y así es como estaban.
Pero están muertos, y su madre, casi muerta de enajenación,
y miran como estúpidos, y no hablan de ella.

DOS CAMINANTES EN TIERRA DE NUBES
(Rock Lake, Canadá)

En esta tierra no hay medida ni equilibrio
para compensar el dominio de rocas y bosques,
el paso, por ejemplo, de estas nubes que avergüenzan a los hombres.

Ningún gesto, ni tuyo ni mío, podría atraer su atención,
ni palabra hacerles traer agua o incendiar leña
como duendes nativos bajo el hechizo de un ser superior.

Una se cansa de jardines públicos: una quiere vacaciones
donde árboles y nubes y animales no hagan caso;
lejos de olmos catalogados, de domésticas rosas de té.

Tardamos tres días en coche hacia el norte para encontrar una nube
que los educados cielos de Boston jamás pudieran alojar.
Aquí en la última frontera del espíritu impetuoso y audaz

los horizontes están demasiado lejos para ser próximos como parientes;
los colores se imponen como una especie de venganza.
Cada día concluye con una enorme explosión de bermellones

y la noche llega con una zancada gigante.
Es cómodo, por una vez:, significar tan poco.
Estas montañas no ofrecen nada ni a plantas ni a personas:

conciben una dinastía de frío perfecto.
Dentro de un mes, no sabremos para qué son platos y tenedores.
Me apoyo en ti, inerte como un fósil. Dime que estoy aquí.

Los indios y los peregrinos podrían no haber existido.
Los planetas laten en el lago como amebas brillantes;
los pinos ahogan nuestras voces hasta el susurro más quedo.

Alrededor de nuestra tienda, la simpleza de antaño murmura
soñolienta como Leteo, tratando de entrar.
Despertaremos con la mente helada como el agua al amanecer.

ENTRE LOS NARCISOS

Dúctil, curvo y gris como estos palos de marzo
Percy, con su chaquetón azul, se inclina entre los narcisos.
Está recuperándose de algo del pulmón.

Los narcisos, también, se inclinan hacia algo grande:
hace tintinear sus estrellas sobre la colina verde, donde Percy
alivia el dolor de las punzadas y camina y camina.

Hay dignidad en todo esto; hay un cierto formalismo;
las flores, vivas como vendajes, y el hombre curándose.
Se inclinan y se levantan: ¡sufren tales ataques!

Y el octogenario encantado con su pequeño rebaño.
Está amoratado. El viento terrible le tienta el aliento.
Los narcisos le miran como niños, raudos y blancos.

SYLVIA PLATH (Boston, EE.UU., 1932 - Londres, Reino Unido, 1963). Fue una escritora estadounidense especialmente conocida como poetisa, aunque también es autora de obras en prosa, como una novela semi-autobiográfica, *La campana de cristal* (bajo el seudónimo de Victoria Lucas), y relatos y ensayos.

Junto con Anne Sexton, Plath es reconocida como uno de los principales cultivadoras del género de la poesía confesional iniciado por Robert Lowell y W. D. Snodgrass.

Estuvo casada con el escritor Ted Hughes, quien tras su muerte se encargó de la edición de su poesía completa.